

En Flandes un Capitán

El Sol de Breda

Arturo Pérez-Reverte. Ilustraciones de Carlos Puerta, Editorial Alfaguara, Madrid, 1999, 261 páginas.

por Hernán Poblete Varas

LAS aventuras del capitán Diego Alatríste —que ya van en trilogía— han hecho no sólo la propia fortuna en las letras hispanas, sino la de Arturo Pérez-Reverte, que se va convirtiendo en best-seller al ritmo que avanzan los pasos de su héroe bajo el sol de Flandes, cuando aún no se ponía.

Por ahora, el sol sólo es de Breda. Ahí están, alrededor de la ciudad sitiada, bajo el mando de Spinola, los tercios españoles y tudescos con alguna y otra alianza de los propios flamencos. Dentro de la ciudad y fortaleza, las tropas de la alianza contra España resisten bajo el mando de Nassau, que, al fin, rindió su espada, como lo muestra la célebre pintura de Diego Velázquez.

Y ahí está el capitán Alatríste, con su aire entre estoico y desolado, al mando de su batalladora compañía de valientes, sucios, pobres y mal pagados peninsulares y, entre ellos, Íñigo de Balboa, de sólo catorce años y mochilero de don Diego. Aclaremos que eso de mochilero no es lo de hoy día, un modo de salir a vagar con el equipaje a la espalda. Estamos en el siglo XVII y, en

aquella época, el mochilero era el que cargaba sobre los hombros las vituallas, las balas, pólvora, yesca, pedernales, mosquetes o arcabuces, para que el jefe al que servía tuviera las manos libres durante los entreveros bélicos. Íñigo cuenta en primera persona las hazañas y dolores de su amo, y cuando el tiempo le alcanza y lo permiten las batallas,



escribe noticiosas cartas a don Francisco de Quevedo o a la coqueta Angélica, que sigue rompiéndole el corazón a la distancia.

Los acontecimientos que, por lo general, registra la Historia vuelan muy por encima de las

cabezas de los anónimos protagonistas. Aquí no hay épica, más bien, la novela de Pérez-Reverte es la antiépica, el reverso de la gesta heroica, el triunfo de la mugre, el barro, los piojos, el hambre casi nunca satisfecha, el dolor, la humillación, las heridas, la solitaria muerte, sobre las glorias que retratan los que nunca han estado en la batalla. Pérez-Reverte es un maestro en este retrato del desnudo guerrero, tal como lo ve y lo sufre el joven narrador, con menos pena que estoicismo.

En el lenguaje y el estilo de éste —y, por tanto, de la novela— alienta el espíritu de la picaresca, y algo, también, el hábito de los folletines “de capa y espada”. Buena mezcla para plasmar ese modo tan propio, tan expresivo y original con que Íñigo, futuro confidente de Velázquez, retrata las grandezas y miserias de esta guerra en que a veces se es héroe defendiendo la insignia imperial y a veces se es topo, luchando en los túneles cavados bajo el lodo. El humor no falta entre estos batalladores a la desesperada, como cuando se llama “terratamientos” a los muertos: lo único que poseen son los palmos de tierra en que sepultaron sus restos.

Pérez-Reverte es un brioso narrador y en *El Sol de Breda* no encontramos caídas ni descensos en esa habilidad para contar sin respiros, con espontáneo equilibrio de gracia y dramatismo, hasta llevarnos a un final resplandeciente entre nieblas, como el sol de Breda, y luego a esa

coda erudita y la pregunta que queda en suspenso: ¿Por qué borraron la imagen del capitán Alatríste en el cuadro de Velázquez? ¿Por qué suprimieron los versos en que Calderón lo nombraba? Esto da para las futuras crónicas de Íñigo de Balboa.

Ojalá ilustradas también por ese admirable dibujante que es Carlos Puerta y en tan pulcra edición como ésta de Alfaguara.

Texto Escogido

RECORRÍO las filas el sonido metálico de los arcabuceros al preparar sus armas poniendo pólvora en la cazoleta y la cuerda encendida en la llave. Entre el humo grisáceo que despedían las mechas, veía yo desde mi lugar los rostros que teníamos enfrente: curtididos, barbudos, con cicatrices, ceños resueltos bajo las rojas alas de los sombreros y los morriones. Al movimiento de nuestros arcabuces algunos hicieron lo mismo, y muchos

coseletes de las primeras filas calaron sus picas. Pero oyéronse entre ellos gritos y protestas —«señores, señores, razón», se vocaba— y casi todos los arcabuces y picas rebeldes se alzaron de nuevo, dando a entender que no era su intención batir a compañeros. A este lado, todos nos volvimos a mirar al maestro de campo cuando su voz resonó en la explanada:

—¡Sargento mayor!... ¡Devuelva a esos hombres a la obediencia del rey!

En Flandes un Capitán [artículo] Hernán Poblete Varas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Poblete Varas, Hernán, 1919-2010

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En Flandes un Capitán [artículo] Hernán Poblete Varas. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile